



VIVENCIAS INOLVIDABLES

Es curioso como la mente humana guarda en su mente situaciones y momentos que, aún a pesar del tiempo, quedan grabados para siempre en su memoria.

A continuación, paso a relatar varias vivencias que han quedado para siempre grabadas en mi memoria.

La primera fue cuando se proclamó la República. Yo entonces tenía muy pocos años. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero veía la gran alegría que las personas demostraban. Mi padre me llevó, bien cogido de la mano, ya que por la calle era difícil transitar, debido a la gran cantidad de personas que había, hasta la plaza del Ayuntamiento. Estaba repleta de gente mirando hacia un balcón de uno de los edificios. Al poco tiempo salió un señor de pelo canoso que, dirigiéndose a la multitud, pronunció unas palabras que yo en aquel momento no comprendí. La euforia era indescriptible. Mi padre no sabía explicarme lo que allí estaba ocurriendo. Fue muchos años después que entendí lo que quería explicarme.

Otro de los hechos que recuerdo fue un día de julio de 1936. Mis padres tenían una pensión en el edificio de la calle Carders, número 48. Esta finca, como se puede comprobar actualmente, hace esquina entre la calle Carders, la plaza San Agustí y Tantarantana. Doy estos detalles para poder situarnos en los hechos que allí ocurrieron. Uno de los balcones de esta finca daba frente a la parte posterior del cuartel de San Agustín. En dicho cuartel estaban atrincherados varios mandos militares que daban órdenes a los soldados para que dispararan contra unas personas que habían levantado en la plaza una barricada hecha con los adoquines de la calle. Gritando pedían que se rindieran los militares y que salieran del cuartel. Mis padres, como yo observaba, estaban aterrorizados, ya que se encontraban entre dos fuegos.

Al día siguiente de los hechos, sobre las once del mediodía, sentado en un rincón de uno de los balcones, sentí una gran algarabía de personas que, calle abajo y cargadas con grandes objetos, que a mí me parecían imágenes religiosas, cuadros y maderas destrozadas, las depositaban en una gran montaña en medio de la plaza y les prendían fuego. En ese momento sentí decir a mi padre: "Han destrozado y quemado la iglesia de San Cugat". En aquel momento pensé lo que mis padres me decían cuando pasábamos por delante: "Mira, Gonzalo, aquí te bautizamos".

Todo lo anterior narrado forma parte de unas vivencias que jamás se han borrado de mi memoria. Con todo, queda confirmado lo que al principio dije. Pero, en cambio, soy incapaz de recordar qué comí ayer.

Gonzalo Vallès i Sales